

La continuación de la presencia de Cristo

1. *Cristo está presente en la Eucaristía no solamente en el momento de la realización del sacramento, sino continuamente.* Dogma de fe: Concilio de Trento, sesión XIII, caps. 5 y 6; D. 878 sig. El canon cuarto afirma: "Si alguno dijere que, acabada la consagración, no está el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo en el admirable sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, al ser recibido, pero no antes o después, y que en las hostias o partículas consagradas que sobran o se reservan después de la comunión no permanece el verdadero cuerpo del Señor, sea anatema" (D. 886). En el canon sexto determina el Concilio (D. 888): "Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía no se debe adorar con culto de latría, aún externo, a Cristo, Hijo de Dios unigénito, y que por lo tanto no se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adora-

dores son idólatras, sea anatema.” Canon 7: “Si alguno dijere que no es lícito reservar la sagrada Eucaristía en el sagrario, sino que debe ser necesariamente distribuída a los asistentes inmediatamente después de la consagración, o que no es lícito llevarla honoríficamente a los enfermos, sea anatema” (D. 889).

La decisión conciliar está dirigida contra la doctrina enseñada por Lutero durante algún tiempo, según la cual la presencia de Cristo se limita al momento de la comunión. Fuera de la consagración y de la comunión no está presente Cristo. Por lo que no conviene ninguna veneración peculiar a lo que queda de la celebración eucarística y no ha sido usado en el banquete de la Eucaristía.

2. La doctrina del Concilio de Trento es una confesión de fe en las palabras institucionales de Cristo. Por las palabras “esto es mi cuerpo”, “esto es mi sangre” se transforman el pan y el vino. Lo que sucede aquí en el pan y en el vino no es anulado después de la celebración del sacrificio y de la comunión. Aunque en la antigüedad cristiana generalmente no se conservaba la Eucaristía para ser venerada, consta que existieron excepciones que muestran que se creía en la continuada presencia de Cristo después de la celebración eucarística. La comunión era llevada a los enfermos que no podían participar por sí en la celebración. En tiempo de persecución guardaban los fieles el pan sagrado en sus casas para recibir fuerza en el martirio.

3. Para la correcta valoración de la doctrina de la Iglesia hay que tener en cuenta lo siguiente: Si Cristo permanece en la Eucaristía después de la consagración y de la comunión, tiene que existir entre sacrificio, comunión y continuación de la presencia de Cristo una relación vital. En el sacrificio y bajo las figuras de pan y de vino se hacen presentes el cuerpo y la sangre de Cristo. Es el cuerpo de Cristo sacrificado e inmolado en la cruz el que permanece. Aunque su presencia no se limite al momento de la comunión, está presente en forma de alimento. El cuerpo del Señor presente allí después del sacrificio no puede ser tomado como una realidad que tiene su razón de ser en sí misma. Más bien está ordenada al hombre. Está determinada para la comunión. La presencia de Cristo es real incluso sin nuestro encuentro con El. Es independiente a nuestra ordenación a El. Pero, por otra parte, del Cristo que está en la Eucaristía no se puede separar su relación para con nosotros. Está siempre aquí como inmolado en la cruz para servirnos de pan de vida.

4. A la pregunta acerca del tiempo que dura la presencia del cuerpo y de la sangre de Cristo hay que contestar: mientras estén las especies. Se duda si Cristo permanece cuando las especies son tan pequeñas e insignificantes que ya no son perceptibles. Si a la esencia del sacramento pertenece el signo externo, en cuyo concepto está incluida la perceptibilidad, difícilmente se podrá hablar de perduración del sacramento eucarístico si no se pueden captar por los sentidos las especies de pan y de vino. Puesto que Cristo está en la Eucaristía como el Inmolado hasta que se deshacen las especies, y porque el cuerpo del Señor aquí presente es el cuerpo sacrificial y la sangre es la sangre del sacrificio, parece estar justificada la suposición de que en la Eucaristía se encuentra Cristo siempre en estado de inmolación al Padre y en pro de los hombres, que tuvo su realización en la cruz. De aquí que esté justificada la doctrina de algunos teólogos según la cual la actualidad del sacrificio de la cruz dura todo el tiempo que perduran las especies. Aun en el caso de que sólo se dé una especie, la del pan, parece durar la actualidad del misterio de la muerte de cruz. Estando ordenados el pan y el vino mutuamente en la Eucaristía, por la representación separada del cuerpo de Cristo en la figura del pan se representa necesariamente la separación del cuerpo y de la sangre de Cristo y se actualiza con ello la muerte cruenta del Señor.

5. El convencimiento de la presencia de Cristo, todo y entero, tuvo *una profunda significación para la piedad*. Es el fundamento del encuentro personal entre el creyente y el Señor que está en la Eucaristía. Como ya vimos antes, la actitud reverente en el encuentro de un hombre con otro se convierte, al tratarse de Cristo, en adoración. También al cuerpo y sangre de Cristo presentes en la Eucaristía les corresponde el culto de latría por su unión con el Logos (dogma de fe: Concilio de Trento, sesión XIII, cap. 5 y canon 6; D. 878. 888; cfr. §§ 76 y 153).

Antes del siglo XI no existía, por lo general, un culto propio para Cristo en la Eucaristía fuera de la celebración del sacrificio. La liturgia veneró el cuerpo y la sangre de Cristo mediante su trato respetuoso y con el alejamiento de toda persona indigna. Tan pronto como el conocimiento dogmático de la presencia de Cristo, todo y entero, se impuso, se desarrolló en sus más variadas formas una rica piedad eucarística, especialmente a partir del siglo XIII. El amor y veneración al Señor que mora entre nosotros se expresó en

formas siempre nuevas. El cambio en el pensamiento eucarístico significa una profundización e interiorización de la piedad.

La fe en la presencia de Cristo se apoderó, entre tanto, con tal fuerza de los corazones de los fieles que en este punto, a diferencia de la fe del primer milenio, el pensamiento del sacrificio eucarístico perdió importancia de cuando en cuando en la vida de los fieles. La conciencia creyente se nutrió cada vez más de la presencia eucarística del Señor que de la realidad del sacrificio eucarístico, más de la presencia óntica que de la presencia actual. Mientras que en los primeros diez siglos se tributaba culto a la Eucaristía, cuando por algún motivo debía guardarse, después del primer milenio se la guardaba cada vez más para así poderla venerar. Este cambio hizo que cada vez se considerara más y más el templo como el lugar en el que mora el Hijo de Dios hecho hombre. Estaba más en consonancia con la mentalidad del cristianismo primitivo la idea de que la Iglesia es el espacio sacado del mundo en el que se congrega la comunidad de los unidos con Cristo para ofrecer con El y por El al Padre celestial el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo.

Cuanto más aumentaba el conocimiento de la presencia de la persona de Cristo en la Iglesia, tanto más comprendía la conciencia creyente toda la riqueza de la Eucaristía. Y adquiría más importancia, como muestra la Historia, la permanencia del cuerpo sacramental de Cristo. Al centrar la mirada en el Hombre Dios allí presente se perdió de vista el carácter de suceso histórico de la Eucaristía. Perdió un poco de importancia la esencia de la Eucaristía como convite sacrificial, su carácter como sacrificio convite. La "permanencia" señorial del cuerpo y sangre de Cristo llenó la conciencia. Así, para muchos fieles el centro de la vida de fe no fué el altar en el que se realizó el sacrificio y se preparó el banquete, sino el tabernáculo. *Altar y tabernáculo se pertenecen*. No se puede negar uno en beneficio del otro. Pero si se tiene a la vista el sentido interno del misterio eucarístico y la conexión entre altar y tabernáculo, hay que decir que la mesa del altar es el fundamento del tabernáculo.

De la evolución de la piedad eucarística se ve que también en la Iglesia todo tiene su tiempo. De la plenitud total de su fe unas veces cobra importancia una realidad, poco después otra. La pauta en la que siempre se mide, configura y se corrige siempre de nuevo la vida de fe es aquel orden de verdades reveladas que existen independientemente de nuestra conciencia. Estas verdades no están

amontonadas unas junto a las otras, sino que forman una totalidad, en la que cada uno de los elementos está subordinado entre sí como miembros del todo, en la que un elemento está en primer plano, otro situado en segundo orden, un tercero en lugar marginal. En la medida que se consigue por el amor y el conocimiento captar las verdades reveladas no sólo en su ser individual y separado, sino en su totalidad por la conciencia creyente, más se acerca la vida de la fe a la plenitud total de la gloria divina. Y viceversa, no sólo la negación de una verdad revelada, sino también el desplazamiento de las verdades dentro del todo sobrenatural de verdades significa un alejarse de la revelación.

Así como en el primer milenio se mantuvo oculta generalmente la realidad personal de Cristo en la Eucaristía, igualmente en la vida creyente consciente de algún cristiano de los siglos posteriores (no en la fe de la Iglesia y de la teología) se tuvo en la oscuridad muchas veces el sacramento sacrificial. Este estar oculto llegó a tal extremo que sólo débilmente se vislumbraba el sacrificio y se pensaba casi solamente en la presencia de Cristo. Con ello puede perder en claridad y fuerzas el puesto mediador que Cristo ocupa en la realización de la vida cristiana. Y si, además, se equipara la presencia eucarística de Cristo con la presencia del Logos eterno del Padre, se llegará a plantearse la cuestión acerca de lo peculiar y novedoso de la presencia de Dios en la Eucaristía frente a la omnipresencia divina. Al no tener contestación esta pregunta, si se parte de este erróneo supuesto, con facilidad uno será arrastrado a buscar a Dios en la naturaleza en lugar de en el templo. En un tiempo en el que estaba afianzada la idea de que en la Eucaristía se celebraba la pasión del Señor, no podía desarrollarse la opinión de que, estando Dios en todas partes, se le puede encontrar también en la naturaleza, y quizás allí con más detalles y fuerza que en la Iglesia. Incluso en tiempos posteriores sólo pudo originarse esta opinión allí en donde se confundió la presencia del Hijo de Dios hecho hombre con la omnipresencia divina. Sin embargo, el camino que lleva a esta opinión es mucho más corto si partimos de la concepción predominante en la Edad Moderna acerca de la Eucaristía que si lo hacemos desde la antigua mentalidad cristiana. La profundización y el enriquecimiento de la piedad costó algunos cambios.

Todo nuevo conocimiento dogmático en el conjunto de verdades reveladas por Cristo, que tiene su despliegue en la Iglesia, se adueña, en primer lugar, con tal fuerza de los corazones y espíri-

tus de los fieles y pospone las otras verdades, hasta que se convierte en posesión natural de los fieles. Llegado este momento, el movimiento provocado por lo nuevo se detiene y el nuevo conocimiento dogmático puede situarse ya en la conciencia creyente en el lugar que le corresponde, como miembro en la totalidad. El que en nuestros días nuevamente se insista más en la Eucaristía como sacrificio no es esto un retroceso ahistórico al pasado de la antigüedad cristiana, superado ya por la teología y el magisterio eclesiástico, sino un retorno a la ordenada plenitud de la realidad.

Las formas de piedad de la antigüedad cristiana, de la Edad Media y también de la Epoca Moderna se pueden unir por medio de la siguiente consideración. Si Cristo está en la Eucaristía como el Inmolado, como el que se inmola al Padre con obediencia y amor, toda comunidad con el Señor en la Eucaristía significa una participación de su sacrificio, en su obediencia y amor. Quien le contempla en la Eucaristía le rinde culto; el que recibe su bendición es asido por El e incorporado a su movimiento sacrificial, en el que vive El mismo. La forma suprema de esta participación en su sacrificio es la comunión. Pero también las formas de piedad mencionadas son una participación en el sacramento eucarístico. Se puede decir, por ejemplo, que el contemplar la hostia es una forma previa de comunión. La doctrina platónica de que la contemplación de un objeto significa una cierta comunidad con él confirma esto. Esta comunidad recibe su plenitud en la comunión real. La contemplación del pan eucarístico no alcanzaría su sentido último y su realidad esencial si no llevara a la comunión. El pan no está determinado en última instancia para su contemplación, sino para la comunión. Pero, a la comunión, a esta suprema participación en el sacrificio de Cristo le pueden preceder formas de participación de virtualidad menor.

Con razón escribe Feuling: "Dijimos ya que la continuación de las especies sagradas, ya sean las dos, ya sea solamente una, es la continuación de la presencia del sacrificio de la cruz no sólo del cuerpo y de la sangre y con ello de la persona divino-humana del Salvador. Se sigue sin más de esto la inclusión en el mismo sacrificio de la bendición sacramental, de la procesión con el sacramento, de la exposición del Santísimo: son las formas de participación en el sacrificio y en el sacramento, determinadas de cerca por la Iglesia. La expresión "bendición sacramental" no debiera ser entendida simplemente como "bendición con el santo Sacramento", sino como verdadera bendición sacramental con el cuerpo sagrado del Señor, bendición a la manera de una especial aplicación del sacramento eu-

carístico para obrar las gracias *ex opere operato*. Claro que no siempre los fieles y los sacerdotes piensan en ello y que quizá no lo piensen nunca; se puede dar incluso el caso de alguien que asista a la bendición sacramental, a la exposición del Santísimo sólo para hacer un acto de devoción subjetiva o comunitaria sin significado sacramental. Pero hay que afirmar que sólo el que excluye intencionadamente en su participación la unión sacramental con Cristo en el signo real de su sacrificio y de su presencia que confiere gracia deja de celebrar sacramentalmente estas acciones comunitarias o de la visita particular al Santísimo” (*Katholische Glaubenslehre*, 703).